

El Domingo de Ramos es la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén, para dar comienzo a su pasión y muerte en la cruz. Este día da comienzo a la Semana Santa.

Es conocido con este nombre ya que estas ramas de olivo fueron puestas en el camino de Jesús cuando ingresó montado en un asno. Se le conoce también como el Domingo de la Pasión.

El domingo de ramos es un día de profesión de Fe para los católicos, quienes asisten con veneración y disposición total para acompañar el camino de Jesús. El color que se usa en este día es el rojo, que representa a Jesús como rey en su entrada triunfal y la Pasión del Señor.

Los Evangelios describen el momento en que Jesús de Nazaret entró triunfalmente a Jerusalén. Una gran multitud, llevando en las manos palmas y hojas de olivos, lo aclamaba como el Hijo de Dios.

En este día que se abre de manera oficial la Semana Santa, se realiza una celebración en dos partes:

1.- *Bendición de Ramos y Procesión*, se bendicen los ramos, por lo que se comienza con gran alegría, ya en la procesión con los ramos benditos, se cantan himnos a Cristo Rey.

2.- *Celebración de la Santa misa*, que estará llena de símbolos sobre la penitencia y el dolor.

SERVICIO DE PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA

javier.sanchez@fundacionhospitalarias.org

jorgejuan.galan@fundacionhospitalarias.org

CIEMPOZUELOS (MADRID)

 **Fundación
Hospitalarias**

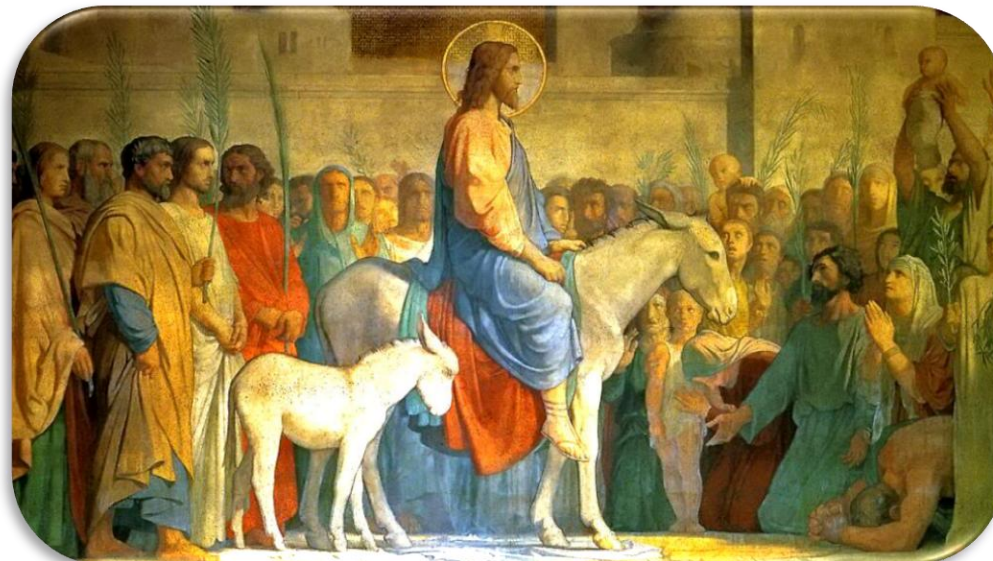
www.fundacionhospitalariasciempozuelos.org

29 DE MARZO 2026

DOMINGO DE RAMOS

Año XV. nº 982

La
BUENA
NOTICIA
de la
SEMANA



Palabra de Dios:

Mateo 21, 1-11.

Bendito el que viene en nombre del Señor.

Isaías 50, 4-7.

No me tapé el rostro ante los ultrajes, sabiendo que no quedaría defraudado.

Salmo 21.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Filipenses 2, 6-11.

Se rebajó, por eso Dios lo levantó sobre todo.

Mateo 26, 14-27, 66.

Pasión de nuestro Señor Jesucristo.

Lo que nos hace cristianos es seguir a Jesús. Nada más. Este seguimiento a Jesús no es algo teórico o abstracto. Significa seguir sus pasos, comprometernos como él a «humanizar la vida», y vivir así contribuyendo a que, poco a poco, se vaya haciendo realidad su proyecto de un mundo donde reine Dios y su justicia.

Esto quiere decir que los seguidores de Jesús estamos llamados a poner verdad donde hay mentira, a introducir justicia donde hay abusos y crueldad con los más débiles, a reclamar compasión donde hay indiferencia ante los que sufren. Y esto exige construir comunidades donde se viva con el proyecto de Jesús, con su espíritu y sus actitudes.

Seguir así a Jesús trae consigo conflictos, problemas y sufrimiento. Hay que estar dispuestos a cargar con las reacciones y resistencias de quienes, por una razón u otra, no buscan un mundo más humano, tal como lo quiere ese Dios encarnado en Jesús. Quieren otra cosa.

Los evangelios han conservado una llamada realista de Jesús a sus seguidores. Lo escandaloso de la imagen solo puede provenir de él: «Si alguno quiere venir detrás de mí... cargue sobre las espaldas su cruz y sígame». Jesús no los engaña. Si le siguen de verdad, tendrán que compartir su destino. Terminarán como él. Esa será la mejor prueba de que su seguimiento es fiel.

Seguir a Jesús es una tarea apasionante: es difícil imaginar una vida más digna y noble. Pero tiene un precio. Para seguir a Jesús es importante «hacer»: hacer un mundo más justo y más humano; hacer una Iglesia más fiel a Jesús y más coherente con el evangelio. Sin embargo, es tan importante o más «padecer»: padecer por un mundo más digno; padecer por una Iglesia más evangélica.

Al final de su vida, el teólogo Karl Rahner escribió esto: «Creo que ser cristiano es la tarea más sencilla, la más simple y, a la vez, aquella pesada “carga ligera” de que habla el evangelio. Cuando uno carga con ella, ella carga con uno, y cuanto más tiempo viva uno, tanto más pesada y más ligera llegará a ser. Al final solo queda el misterio. Pero es el misterio de Jesús».

José Antonio Pagola



"Bendito y alabado sea el Señor por todo".

San Benito Menni (c. 109)

Espiritualidad y Oración:

Mi querido Señor Jesús, hoy quiero acompañarte en tu entrada triunfal en Jerusalén. Quiero estar allí, contigo, alabarte, admirarte entrando a la ciudad Santa con la grandeza de un rey y con la humildad de un hombre sencillo, montado en un joven asno.

¡Qué contraste! El más grande y a la vez el más humilde. Entraste a Jerusalén sabiendo que todos aquellos que te alababan y te recibían calurosamente, en unos cuantos días te voltearían la cara.

Entraste a la gran ciudad sabiendo que allí ibas a cumplir la misión que tu Padre te había encomendado: entregar tu cuerpo al tormento y derramar tu sangre para salvarme, y por tus méritos, abrir para mí las puertas de tu reino. Gracias Señor por tu valentía, gracias por tu generosidad, gracias por tu entrega pero, sobre todo, gracias por tu amor, ese amor infinito que solamente tú me puedes prodigar.

Quiero iniciar esta Semana Santa en unión contigo, acompañándote en tu angustia, compartiendo tus sufrimientos y agradeciendo tu determinación para vencer el pecado y salvarme.

Te acompaño, querido Jesús y te pido que me ayudes a vivir en el amor, en la generosidad, en la entrega al servicio de quienes me rodean, para poder acompañarte no sólo en tu pasión, sino también en tu resurrección. Concédeme la fortaleza que necesito para seguir tus pasos.

Amén.

